

ANTONIO MACHADO Y LA OTRA VIDA

Divergencias y Unidad: Perspectivas sobre la Generación del 98 y Antonio Machado.
Ed. John Gabriel. Madrid: Orígenes, 1990.

Posted at: <http://www.armandfbaker.com/publications.html>

Con la posible excepción de Miguel de Unamuno, ningún escritor de la Generación del 98 tuvo un interés tan profundo en la muerte como Antonio Machado. Algunos críticos han visto la semejanza entre Machado y Heidegger, sosteniendo que los dos demostraron una actitud de resignación ante la muerte. Pablo de A. Cobos ha dicho que el poeta tenía una actitud de “sereno estoicismo” hacia la muerte de ciertas personas conocidas¹, y Juan Ramón Jiménez ha observado que Machado se adaptó como pocos a la idea de su propia muerte². ¿Es que su aceptación de la muerte fue el resultado de su fe en la posibilidad de tener otra vida? Ciertos críticos han dicho que no, pero Juan Ramón Jiménez parece creerlo cuando afirma que su amigo es “dueño del secreto de la resurrección”³. También lo confirman las palabras de su hermano José, cuando dice: “Alguna vez lo oí decir: así como con la razón no se podía probar la supervivencia del espíritu, en cambio la intuición parecía afirmarla”⁴.

Antes de examinar los poemas que se refieren al tema de la otra vida, conviene aclarar un aspecto de la actitud de Machado hacia la muerte. Sin contradecir su concepción panteísta, según la cual el universo constituye una “sola y única monada” de energía consciente, es evidente que Machado

¹ Pablo de A. Cobos, *Sobre la muerte en Antonio Machado* (Madrid: Ínsula, 1970), p. 22.

² Juan Ramón Jiménez, “Españoles de tres mundos”, *Sur*, X, 79 (1941), pp. 9-10.

³ Juan Ramón Jiménez, *op. cit.*, p. 10.

⁴ José Machado. *Últimas soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José)* (Santiago de Chile: multigrafiado, 1958), p. 85

distingue entre el espíritu y la materia; en el documento autobiográfico publicado por Francisco Vega Díaz, Machado declara: “En el fondo soy un creyente en una realidad espiritual opuesta al mundo sensible”⁵. En términos físicos, así, la muerte es definitiva, tal como Machado la concibe cuando habla de “la copa de cristal”—el cuerpo mortal—en el siguiente poema de “Proverbios y cantares”:

¿Dices que nada se pierde?
Si esta copa de cristal
se me rompe, nunca en ella
beberé, nunca jamás⁶.

Sobre la muerte del cuerpo también ha escrito Juan de Mairena: “La muerte va con nosotros, nos acompaña en vida; ella es, por de pronto, cosa de nuestro cuerpo” (p. 464). Al insistir en la muerte del cuerpo, Machado introduce el concepto de la inmortalidad del alma. Dámaso Alonso se refiere a esta idea en su estudio “Muerte y trasmuerte en la poesía de Antonio Machado” al comentar el pasaje de Mairena que acaba de citarse: “Afirma Machado aquí la posibilidad de creer en la dualidad de sustancias..., cuerpo y alma..., entreabriendo así sin rechazarlo el problema de la inmortalidad del alma. Posibilidad que no sólo no rechaza, sino que lo que rechaza es que pueda ser rechazada tal posibilidad”⁷. Ahora, ya que hemos visto un indicio de su fe en la supervivencia del alma, podemos examinar lo que Machado ha dicho en algunos poemas donde habla de la otra vida.

En varias poesías tempranas, Machado describe la visión de una mañana pura que será el principio de una nueva existencia después de la muerte. Buen ejemplo de esta visión luminosa se encuentra en el poema XXI, donde el poeta piensa en el momento de su propia muerte:

⁵ Francisco Vega Díaz, “A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado”, *Papeles de son Armadáns*, LIV (1969), p. 70.

⁶ Antonio Machado, *Obras: Poesía y Prosa*, 2^a ed. (Buenos Aires: Losada, 1973), p. 221. Toda cita procede de esta edición.

⁷ Dámaso Alonso, “Muerte y trasmuerte en la poesía de Antonio Machado”, *Revista de Occidente*, 5-6 (marzo y abril 1976), p. 18.

Daba el reloj las doce... y eran doce
golpes de azada en tierra...
...¡Mi hora! —grité— ...El silencio
me respondió: —No temas;
tú no verás caer la última gota
que en la clepsidra tiembla.

Dormirás muchas horas todavía
sobre la orilla vieja,
y encontrarás una mañana pura
amarrada tu barca a otra ribera (p. 80).

El “silencio”—la voz de su conciencia intuitiva—le dice que no debe temer a la muerte, porque no la sentirá y porque no representa el fin de la vida. Luego, le promete que después de la muerte vendrá la luz de un nuevo día cuando el alma sigue viviendo en una vida más perfecta. De este poema ha escrito Dámaso Alonso: “esa mañana y esa llegada a una nueva ribera, el silencio se las promete al poeta y a todo hombre. Es decir, no cabe duda de que el poeta imagina, cree, que algo es inmortal en el ser humano, y que ese algo le espera en una extraordinaria limpidez virginal, un nuevo día, una desconocida ribera”⁸.

También hay otro grupo de poemas tempranos donde la “mañana pura” y el “nuevo día” vuelven a representar la fe en la otra vida. Por ejemplo, en el poema XVII, que se intitula “Horizonte”, el poeta camina hacia el “ocaso”—el fin día día y símbolo de la muerte—y entonces siente en su corazón la promesa de una renovación venidera:

Y yo sentí la espuela de mi paso
repercutir lejano en el sangriento ocaso,
y más allá, la alegre canción de un alba pura (p. 76).

En el poema XXVII, es la “tarde” que representa el fin de la vida, que también es un principio:

La tarde todavía
dará incienso de oro a tu plegaria,
y quizá el cenit de un nuevo día
amenguará tu sombra solitaria (p. 83).

⁸ *Ibídem*, p. 20.

Y en el poema LXX, el momento de la muerte trae la promesa de una renovación edénica:

Tú sabes las secretas galerías
del alma, los caminos de los sueños,
y la tarde tranquila
donde van a morir... Allí te aguardan
las hadas silenciosas de la vida
y hacia un jardín de eterna primavera
te llevarán un día (p. 119).

Dámaso Alonso cree que en estos poemas se ofrece la visión de una “trasmuerte paradisíaca” que no es equivalente a la idea del cielo cristiano, sino al más allá de la filosofía pagana. Esto no quiere decir que Machado sea anticristiano—su obra demuestra que es un cristiano sincero, si no ortodoxo—, pero tiene una actitud de tolerancia que acepta todas las religiones verdaderas, porque ve en ellas cosas que ha visto en el cristianismo.

Antes de seguir quiero mencionar otro poema de esta época que algunos críticos han señalado para demostrar que Machado no creía en la otra vida. Me refiero al poema IV, “En el entierro de un amigo”, donde los últimos versos han ofrecido unas dificultades para los estudiosos de Machado. Después de describir el descenso del ataúd al fondo de la fosa, el poema termina así:

Sobre la negra caja se rompían
los pesados terrones polvorientos...
El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.
—Y tú, sin sombra ya, duermes y reposa,
larga paz a tus huesos...
Definitivamente,
duermes un sueño tranquilo y verdadero (p. 64).

Pues, ¿que es el “blanquecino aliento” que sale de la fosa? ¿Es el polvo de los terrones quebrados o, de acuerdo con el concepto de la dualidad de sustancias, es el alma que empieza a recobrar su pureza después de la muerte del cuerpo? La frase “sin sombra ya” sugiere que *algo* se queda después de la muerte: ¿quiere decir que el alma, por fin, se ha librado de las imperfecciones del cuerpo? ¿Y qué es lo que experimenta la larga paz de un

“sueño tranquilo y verdadero”: el alma, o los “huesos”? Este poema puede ser el producto de un momento de pesimismo, cuando el poeta no piensa en la esperanza de sobrevivir a la muerte. Sin embargo, en vista de la distinción entre el cuerpo y el alma que se establece en otros poemas de este período, también es posible que Machado haya querido decir algo más positivo sobre la muerte. Tal vez habla solamente de la muerte del cuerpo, mientras sugiere que el alma—el “blanquecino aliento” que ahora se purifica—avanza hacia la luz de un nuevo amanecer.

La fe en la otra vida que hemos visto en los primeros poemas es la misma que le alienta a Machado en el trágico momento de la muerte de su esposa. En una carta a Unamuno poco después de su muerte, Machado escribe: “Algo inmortal hay en nosotros que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por eso vino Dios al mundo. Pensando esto me consuela algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa también es absurda... En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar” (p. 1.016). De este mismo modo se expresa también en un poema de *Campos de Castilla*:

Dice la esperanza: un día
la verás, si bien esperas.
Dice la desesperanza:
sólo tu armargura es ella.
Late, corazón... No todo
se lo ha tragado la tierra (p. 190).

Aunque el cuerpo se pierde, hay algo inmortal en el ser humano que no está tragado por la tierra. Y mientras no tengamos una prueba definitiva de que la muerte es el fin de la vida, es absurdo, como dice Machado, tener una fe negativa.

De todos los poemas de Machado el que contiene la afirmación más inequívoca de su fe en la inmortalidad del alma es el CXLIX, que se intitula “A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla”. En los primeros versos de este poema se encuentra una angustiada descripción del tiempo y de su efecto corrosivo en el mundo físico. Pero Machado cree que el tiempo es una ilusión del pensar lógico que nos obliga a pensar las cosas en términos de principios y fines. Aquí, como en otras ocasiones, Machado no se

satisface con lo que le dice la lógica y apela al pensar intuitivo del poeta, que logra afrontar el tiempo inexorable. Y aunque su existencia se ha puesto en duda durante la época racionalista, lo que le permite triunfar sobre el tiempo es el *alma*: “El alma vence (...) / al ángel de la muerte y al agua del olvido. / (...) / Poeta, el alma sola es ancla en la ribera” (p. 242). Sólo el alma existe más allá de la desintegración de las cosas en el tiempo, y es ella que le permite confiarse en la promesa de una vida eterna.

En febrero de 1915, Machado recibe la noticia de la muerte de Francisco Giner de los Ríos, su antiguo maestro en la Institución Libre de Enseñanza. En seguida, escribe un artículo en el que declara enfáticamente que no cree en la muerte de su maestro⁹. No sabe adónde va don Francisco, pero piensa—intuye—que va hacia la luz, que es el destino del alma que se ha purificado.

Luego, en otro artículo de casi veinticuatro años después, Machado escribe sobre la muerte de su amigo Blas Zambrano. Describe su último encuentro con don Blas en Barcelona, y declara que en esa ocasión lo encontró un poco envejecido. Entonces dice: “Parecióme, sin embargo, que lo más suyo, lo indefinible personal que nos permite recordar y reconocer a las personas, no sólo no se había borrado en él, sino que aparecía más intacto que nunca... Y hoy pienso que si esto es lo que don Blas trajo consigo al mundo, y esto es también lo que tenía al llegar a los umbrales de la muerte, acaso sea esto, que parece dejarnos para el recuerdo, precisamente lo que él se lleva. Y ello sería en verdad consolador, si es que como muchos pensamos el destino de todos los hombres es aproximadamente el mismo”¹⁰. Este artículo apareció en Barcelona a fines de enero de 1939, poco más de un mes antes de su propia muerte en Collioure, y en él Machado expresa la misma esperanza que hemos visto en su poesía. Le consuela que don Blas conserve su alma—“lo más suyo, lo indefinible personal”—a pesar de la vejez y de la muerte, y piensa que esto es lo que se mantiene “más intacto que nunca” y luego “se lleva” en el momento de la muerte.

⁹ Citado de “Don Francisco Giner de los Ríos”, en *Antonio Machado: Antología de su prosa*, tomo I (Madrid: EDICUSA, 1970), páginas 154-155.

¹⁰ Citado de “Don Blas Zambrano”, en *Antonio Machado: Antología de su prosa*, tomo I, p. 170.

Puede decirse que, en cierto sentido, la muerte no es un problema para Machado porque, según la concepción panteísta de Abel Martín (y de Machado mismo), toda esencia es eterna como parte del Ser Absoluto que es Dios. La verdadera cuestión es otra: se trata de saber si la identidad se pierde cuando el alma vuelve a su origen en el Todo, como la gota de agua que cae en el mar y deja de existir como gota individual. Este es el problema que Machado menciona en el poema XVIII que se intitula “El poeta”:

El sabe que un Dios más fuerte
con la sustancia inmortal está jugando a la muerte
cual niño bárbaro. El piensa
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa... (p. 77).

El poeta no duda de la permanencia del alma—se compone de “sustancia inmortal”—; pero teme que un Dios caprichoso le condene a una inmortalidad impersonal.

En un poema de *Campos de Castilla*, Machado vuelve a mencionar el problema de la continuidad individual, y en esta ocasión considera la posibilidad de tener dos soluciones distintas:

Morir... ¿Caer como gota
de mar en el mar inmenso?
¿O ser lo que nunca he sido:
uno, sin sombra y sin sueño,
un solitario que avanza
sin camino y sin espejo? (p. 222).

Es evidente que las dos preguntas sobre la muerte en este poema se refieren a dos alternativas opuestas: la primera es negativa; la segunda, positiva. Ambas preguntas implican la continuación de la existencia después de la muerte. La primera describe la misma situación que hemos visto en el poema XVIII; el poeta quiere saber si la muerte resulta en una inmortalidad anónima cuando la identidad del alma se pierde en el Ser Absoluto. La segunda pregunta se apunta a algo que es más difícil de explicar, porque se trata de algo que el poeta no ha experimentado en esta vida; “ser algo que nunca he sido” significa que piensa en una existencia totalmente nueva. Si miramos, veremos que hay cinco cosas que constituyen la diferencia: en la

nueva existencia *post mortem* el alma estará: 1) “sin sombra”, 2) “sin sueño”, 3) “sin camino”, 4) “sin espejo” y 5) será “uno”, es decir, “un solitario que avanza”. Estas cinco cosas—sombra, sueño, camino, espejo y la falta de individualidad—constituyen ciertos modos de ser que el poeta quiere evitar y, por eso, su eliminación ha de representar un tipo de existencia superior. Veamos estas cosas rápidamente.

La imagen de la sombra se refiere a la imposibilidad de ver la “luz”—la verdad, el sentido de la vida, la realidad divina, etc.—. La sombra también representa las imperfecciones del alma en esta vida. Por eso el amigo muerto en el poema IV está “sin sombra ya”, cuando el “blanquecino aliento” que es el alma sale del cuerpo imperfecto (p. 64).

La imagen del sueño se utiliza para describir al “pobre hombre en sueños”, cuya conciencia finita no es capaz de llegar a un entendimiento de la verdad divina. Y precisamente porque la vida es sueño, el momento de la muerte ha de ser un despertar cuando el alma sale de un estado de conciencia limitada:

Tras el vivir y el soñar
está lo que más importa:
despertar (p. 280).

En el contexto de la segunda alternativa que se presenta en este poema, la falta de camino no se refiere a la idea de estar perdido, como en otros poemas de Machado; aquí el camino representa la idea de seguir un rumbo predeterminado dentro de los confines del mundo sensible. De este modo, no tener camino en el momento de morir significa que el alma “avanza” hacia otra dimensión de la vida sin el estorbo de los límites físicos, con la capacidad de crear su vida en el estado de una libertad más completa.

Como el sueño, el espejo es un símbolo del carácter ilusorio de la vida que se conoce por los sentidos. Para la conciencia humana, la realidad siempre se esconde detrás del “enemigo espejo” de las apariencias. Sólo el que despierta a un estado de “conciencia integral” puede penetrar el velo de los sentidos: “Nunca imagen miente / —no hay espejo; todo es fuente—” (p. 337).

Luego, para entender la idea del alma unitaria y solitaria, hay que tener en cuenta la otra alternativa, cuando el alma pierde su identidad al reunirse con el Ser Absoluto. Por eso, la palabra “uno”, tal como la frase

“un solitario que avanza”, significa que, en vez de perderse en la anonimidad del Todo, el alma ahora se afirma como individuo único, y sigue evolucionando en la esfera de una existencia más perfecta.

Pero ¿cuál de las alternativas en este poema es la que acepta el poeta Antonio Machado? Muy importante en este sentido es la descripción de la muerte que Machado ha puesto en otra carta a Unamuno. Allí expresa en términos muy claros su esperanza no solamente de seguir existiendo como individuo, sino de experimentar un estado de renovación espiritual. Después de mencionar la posibilidad de que la muerte sea el fin de la vida, dice:

Tal vez no sea esto lo humano... Cabe otra esperanza que no es la de conservar nuestra personalidad, sino de ganarla. Que se nos quite la careta, que sepamos a qué vino esta carnavalada que juega el universo en nosotros o nosotros en él, y esta inquietud del corazón para qué y por qué y qué es... ¿Que dormimos? Muy bien. ¿Que soñamos? Conforme. Pero cabe despertar. Cabe esperanza, dudar en fe... (p. 1.022).

Puede ser que Machado nunca logra resolver, racionalmente, el problema de la continuidad del individuo, pero estas palabras de la carta a Unamuno vienen a ser la respuesta cordial a todas sus preguntas sobre la muerte. Y es más que una loca esperanza imposible; es una esperanza que “cabe”, es decir, que es posible, en términos de la metafísica panteísta de nuestro poeta. Ahora veamos lo que dice sobre la muerte en un último poema importante.

En su estudio de la muerte en la poesía de Machado del que he citado varias veces, Dámaso Alonso dice que la mejor formulación de lo que el poeta creía en los últimos años se encuentra en los versos finales del poema “Muerte de Abel Martín”. En él Machado expresa de nuevo el temor de perder la identidad personal en el momento de reunirse con Dios, y entonces termina con una descripción de la muerte del poeta apócrifo:

...Ciego, pidió la luz que no veía.
Luego, llevó sereno,
el limpio vaso, hasta su boca fría,
de pura sombra—¡oh, pura sombra!—lleno (p. 377).

Al hablar de este poema, hay que tener en cuenta lo que Juan de Mairena ha dicho sobre la muerte de su maestro, lo cual es indispensable para entender lo que Machado quiere decir con esta descripción de la muerte. Hablando de la muerte de Abel Martín, Mairena declara que su maestro estaba “más inclinado, acaso, hacia el nirvana búdico que esperanzado en el paraíso de los justos” (p. 494). Pues si es verdad que en este poema se refleja la actitud de Machado hacia la muerte, quiere decir que la concibe como algo que es equivalente al nirvana de los budistas. En mi libro *El pensamiento religioso y filosófico de Antonio Machado* (Sevilla, 1985), he estudiado su interés en la filosofía oriental, incluyendo el tema de la reencarnación, que aparece en ciertos poemas y en las cartas a Guiomar; pero aquí basta determinar qué es el nirvana, y qué significa con respecto a la posibilidad de tener otra vida. Para Dámaso Alonso, el fin del poema quiere decir que Machado “parece anhelar precipitarse en el total vacío, la ‘sombra’ químicamente pura de la Nada”¹¹. O sea, que ya no cree en la posibilidad de conservar su individualidad, porque piensa que su conciencia va a anularse en el vacío. Hay muchas personas para quienes ésta sería una interpretación correcta del nirvana. No obstante, pensar esto es malentender el budismo y, como espero demostrar en lo que sigue, no corresponde a lo que Machado ha querido decir en los últimos versos de “Muerte de Abel Martín”.

El nirvana es el Vacío o la Nada desde el punto de vista de la mente racional, porque corresponde a un aspecto del ser que no puede captarse intelectualmente. Es algo que puede ser experimentado, pero no puede ser descrito ni definido. Para la persona cuya mente logra traspasar los límites de la conciencia racional, lo que el intelecto define como vacío es revelado como un estado de Plenitud Absoluta, o como lo describe el gran orientalista W. Y. Evans-Wentz: “La Plenitud Absoluta del Vacío” (*The Transcendent Fullness of the Emptiness*)¹². El que entra en el nirvana descubre que el Vacío es la causa y el origen de todo lo que es. En este sentido, el nirvana es equivalente al Ser Absoluto, y entrar en él es lo mismo que tener una experiencia mística en la que se siente parte de la infinitud divina.

¹¹ Op. cit., p. 22.

¹² W. Y. Evans-Wentz, *The Tibetan Book of the Great Liberation* (London: Oxford University Press, 1977), p. 1.

Queda determinar ahora qué representa el nirvana para Machado. Para ello conviene examinar más detalladamente el último verso del poema: “...de pura sombra —¡oh pura sombra!— lleno”. Cabe enfatizar que Machado no emplea la palabra “nada” ni “vacío”, sino “sombra”, y luego insiste en ella al mencionarla dos veces. Esto cobra mucha importancia, así, como indicio de lo que ha querido decir con el verso final. Pues bien, la sombra no indica falta de ser, sino falta de luz o falta de visión. Al describir el acto de beber un vaso de “pura sombra” se refiere no a la ausencia de vida, sino a la imposibilidad de comprender al Ser Absoluto. Refuerza esta suposición la connotación positiva, casi religiosa, del adjetivo “pura”. Luego el verso, y el poema entero, terminan con la palabra “lleno”, una palabra crucial que corresponde perfectamente a la interpretación del nirvana como un estado de plenitud absoluta. Ha de ser en esta nueva dimensión de la vida en la que entra Abel Martín cuando muere, lo cual indica que para Machado el nirvana no es el vacío ni la aniquilación del ser. De modo que el fin del poema confirma una vez más su fe en la otra vida.

Además de los elementos ya indicados, la mejor justificación de interpretar el poema de esta manera tal vez sea que concuerda con la fe en la otra vida que hemos visto en los poemas anteriores, en las cartas a Unamuno y en los artículos sobre la muerte de Giner de los Ríos y Blas Zambrado. Hemos visto, en fin, que Machado nunca pierde su esperanza de tener otra vida. Y esta esperanza no se limita a los años inmediatamente después de la muerte de su esposa, como algunos críticos han sostenido, sino que está presente en los primeros poemas y continúa hasta el momento de su muerte.

A pesar de los interesantes y alentadores estudios sobre lo que ha venido a llamarse *the near death experience*, el problema de la otra vida no se ha resuelto. Tal como la ciencia y la razón no han podido probar la existencia, ni la falta de existencia de Dios, tampoco pueden revelarnos el secreto de la muerte. Siendo así, que de veras no sabemos qué es la muerte, la esperanza es tan legítima como la desesperanza. No cabe duda de que Machado lo ha entendido así, y por eso podemos decir, como él ha dicho en otro poema después de la muerte de su esposa:

... Vive esperanza: ¡Quién sabe
lo que se traga la tierra! (p. 191).

Armand F. Baker

State University of New York at Albany

Posted at: <http://www.armandfbaker.com/publications.html>